

El legado de Allende: construir Izquierda

Autor Manuel Cabieses
Thursday, 02 de September de 2010

Hace cuarenta años, el 4 de septiembre de 1970, Salvador Allende ganó las elecciones presidenciales, aunque debió esperar ser ratificado por el Congreso Pleno. El triunfo de Allende se constituyó en un hito histórico y en una lección política, que no deben olvidarse. La incansable lucha por forjar una identidad de Izquierda orientada hacia el socialismo, por fin había dado frutos.

Nunca una elección presidencial en Chile alcanzó tanto dramatismo. Los ciudadanos estaban conscientes que el país se jugaba cuestiones trascendentales que determinarían su futuro. El enfrentamiento básico era entre la Izquierda y la derecha, representadas por el senador Salvador Allende Gossens y por el ex presidente y empresario Jorge Alessandri Rodríguez. Había un tercer candidato, Radomiro Tomic Romero, de la Democracia Cristiana, con un programa que planteaba el "socialismo comunitario", lo cual lo acercaba a las posiciones de Izquierda.

La acorralada derecha buscaba fórmulas desesperadas para defender sus intereses. No descartaba nada. A fines de 1969, un alzamiento en el regimiento Tacna, encabezado por el general Roberto Viaux, tuvo al gobierno de Frei Montalva al borde del precipicio. Grupos ultraderechistas levantaban cabeza. En el plano político, la derecha postulaba la "Nueva República", que esbozaba elementos neoliberales y un firme autoritarismo para cerrar el paso a la Izquierda. Por su parte, la Unidad Popular, alianza amplia en torno a socialistas y comunistas, integraba al Partido Radical y a sectores cristianos desgajados de la DC que formaron el partido Mapu, y a laicos y progresistas que se definían de Izquierda. La candidatura de Salvador Allende emergió con posibilidades de triunfo.

La Izquierda venía ganando terreno y un sólido movimiento sindical, organizado en torno a la Central Única de Trabajadores, se extendía al campo a través de sindicatos agrícolas movilizados y de gran convocatoria. El movimiento estudiantil, mayoritariamente de Izquierda, era potente y de alcance nacional. El movimiento de los sin casa campeaba en las principales ciudades. Existía una amplia base social para el movimiento político que planteaba un programa centrado en la nacionalización de las riquezas básicas, en la profundización de la reforma agraria y en la constitución de un "área social de la economía", conformada por la banca, los principales monopolios y empresas estratégicas. Se proponía asimismo una nueva Constitución y una institucionalidad acorde con las transformaciones que se impulsarían, una ampliación de la democracia y la real vigencia de los derechos y libertades individuales y colectivos. Era, en síntesis, lo que se conoció como la "vía pacífica al socialismo", un proyecto inédito en la historia de la Humanidad.

Internacionalmente eran los tiempos de la guerra fría; la Unión Soviética y el socialismo aparecían compitiendo exitosamente con el imperialismo. En América Latina -a partir de 1959 con la Revolución Cubana- había avances populares que Estados Unidos miraba con preocupación. No quería una "nueva Cuba" en su patio trasero. Con ese pretexto había invadido República Dominicana para derrocar al gobierno democrático de Juan Bosch y en 1964, respaldó el golpe militar en Brasil que derrocó al presidente João Goulart. Sin embargo, no cesaba el avance de los pueblos. En Bolivia, luego de la muerte del comandante Ernesto Che Guevara en una operación dirigida por norteamericanos, se produjeron avances democráticos con el gobierno del general Juan José Torres (1970-71), mientras en Argentina el peronismo impulsaba el retorno de su líder, y en Perú el general Juan Velasco Alvarado se empeñaba en reformas antiimperialistas e integradoras de la población indígena. En Uruguay la situación, asimismo, era inquietante para la oligarquía.

Para Estados Unidos, Chile era una pieza clave en su ajedrez de dominación regional. Ya en las elecciones de 1964 había apoyado sin tapujos la candidatura de Eduardo Frei Montalva y su "revolución en libertad". Enormes flujos de dólares financiaron una impresionante campaña del terror contra Salvador Allende y la Izquierda. El presidente Kennedy -que impulsaba la Alianza para el Progreso- imaginaba que la Democracia Cristiana en Chile podría levantarse como alternativa a la Revolución Cubana.

La trayectoria de Salvador Allende como parlamentario y líder popular era impecable. Había sido ministro de Salud del gobierno del Frente Popular (1938-41) y como senador un invariable demócrata, antiimperialista y partidario del entendimiento socialista-comunista, de la unidad de la clase obrera y de los más amplios sectores sociales explotados por el capitalismo. Valiente defensor de la Revolución Cubana, memorables habían sido sus luchas contra la Ley de Defensa Permanente de la Democracia, paradigma del anticomunismo, y su constante denuncia de los manejos del imperialismo y del despojo que cometían las empresas norteamericanas Anaconda y Kennecott con el cobre chileno. Allende era un líder respetado y querido por el pueblo, que sabía que no sería traicionado por él. En muchos aspectos era un educador y un organizador notable, de ejemplar perseverancia en la lucha por la unidad de la Izquierda.

En el país, la sociedad se convulsionaba. Surgían los "cristianos por el socialismo", los estudiantes de la Universidad

Cat3lica se tomaban la casa central para imponer profundas reformas y denunciaban las mentiras de El Mercurio; se produjo la toma de la Catedral de Santiago por sacerdotes, religiosas y laicos que pedían mayor compromiso de la Iglesia con el pueblo.

El pa-s esperaba grandes cambios en el marco de un nuevo per-odo hist3rico cuajado de promesas de justicia e igualdad.

La campa±a electoral fue muy dura. La derecha se lanz3 a fondo, reeditando -corregida y aumentada- la campa±a del terror de 1964. Intensific3 su presi3n hacia las fuerzas armadas, en las cuales buena parte de la oficialidad hab-a pasado por las escuelas de formaci3n antisubversiva del Pent3gono. El financiamiento de la CIA volvi3 a afluir a trav3s de la ITT, que controlaba el monopolio telef3nico. Con todo, las elecciones fueron tranquilas y, sobre todo, estrechas. Allende obtuvo algo m3s de un mill3n de votos, ganando por 40 mil preferencias a Alessandri, y obteniendo 36,3% del total de sufragios. Tomic obtuvo 27,84%, con m3s de ochocientos mil sufragios. Como buena parte de su votaci3n era antiderechista, estaba claro que la Izquierda contaba con un apoyo muy superior a la derecha.

Los resultados se conocieron en la tarde del 4 de septiembre y de inmediato Tomic reconoci3 el triunfo de Allende. Esa misma noche, luego de momentos de tensi3n -cuando tanques del ej3rcito fueron desplegados en la Alameda- hubo una enorme manifestaci3n frente a la Federaci3n de Estudiantes de Chile. Decenas de miles de personas llegaron desde las poblaciones perif3ricas para celebrar el triunfo. Parec-a que nunca el pueblo se hab-a sentido tan alegre y esperanzado. El discurso de Allende fue emotivo y profundo. Record3 las luchas populares, los esfuerzos cotidianos del pueblo para subsistir y luchar, y asumi3 su triunfo como una continuidad con el Frente Popular, y antes, con el gobierno del presidente Jos3 Manuel Balmaceda -empujado a la muerte por la oligarqu-a- y con la lucha incansable de Luis Emilio Recabarren, organizador de la clase obrera chilena.

Los sesenta d-as siguientes, hasta el momento en que el nuevo presidente deb-a asumir el mando, fueron conmocionantes. La derecha entr3 en p3jico. Agust-n Edwards, due±o de El Mercurio, vol3 a Estados Unidos para pedir al gobierno norteamericano que interviniera en Chile a fin de impedir que Allende llegara a La Moneda. En Washington encontr3 o±os receptivos en el presidente Richard Nixon y su gobierno. Se inici3 as- una ola de actos terroristas por parte de grupos de ultraderecha (ver p3ginas 4 y 5 de esta edici3n), que recib-an aliento, dinero e instrucci3n terrorista desde el exterior.

El 3 de noviembre de 1970, sin embargo, derrotando las maniobras y actos criminales como el asesinato del general Ren3 Schneider, comandante en jefe del ej3rcito, Salvador Allende asumi3 el mando. Comenz3 as- el gobierno m3s progresista, liberador y popular de la historia de Chile. En medio de la f3rrea oposici3n y conspiraci3n de la derecha junto con el gobierno de Estados Unidos, Allende consigui3 logros notables como la nacionalizaci3n del cobre, la profundizaci3n de la reforma agraria, las pol-ticas de salud, educaci3n y vivienda, y avances gigantescos en el plano cultural. Se desataron las fuerzas creadoras del pueblo al influjo de un programa socialista y democr3tico. Los pobres de la ciudad y del campo alcanzaron el protagonismo y participaci3n que durante decenios se les hab-a negado. En el 3mbito internacional, Chile logr3 un reconocimiento mundial que valoriz3 el intento de avanzar al socialismo en libertad. Pero este noble prop3sito se vio frustrado por la conspiraci3n interna y externa, sin negar los errores de la propia Unidad Popular, que culminaron con el golpe militar del 11 de septiembre de 1973. El presidente Salvador Allende, fiel a su juramento, prefiri3 morir en La Moneda a traicionar la confianza del pueblo.

Hoy -como en los a±os que precedieron al triunfo de Allende- sigue vigente alcanzar el requisito que gest3 la victoria de 1970. Aludimos a la unidad del conjunto de la Izquierda, hoy atomizada. Es el paso indispensable para construir su propia identidad ideol3gica y program3tica y, desde all-, avanzar a acuerdos pol-ticos y sociales m3s amplios.

En Am3rica Latina hoy se abren paso tendencias revolucionarias que con sus diferentes particularidades est3n haciendo el camino que se intent3 en Chile. De alguna manera los procesos de Venezuela, Bolivia y Ecuador reivindicn la v-a pac3fica al socialismo, que proclamara con resuelta convicci3n democr3tica el presidente m3rtir Salvador Allende. Se reinician tiempos de revoluci3n que en las condiciones contempor3neas hacen volver la mirada a la senda que abriera con su sacrificio el presidente Allende.

Â

Bajar el art-culo original:Â